

LLAMADOS A SERVIR AL SEÑOR

ESCUELA DE MINISTERIO



Pra. MABEL DE SILVESTRI



seguinos

www.canalluz.org



IGLESIA EVANGÉLICA MISIONERA ARGENTINA

YO CONMIGO MISMO

Pastora Mabel de Silvestri

Cuando leemos en la Biblia la parábola del hijo pródigo, generalmente tenemos en cuenta a dos personajes: el hijo que se fue de la casa y el que se quedó, pero también podemos distinguir que hay otros personajes: el padre y los amigos de ese hijo pródigo. Observamos que el hijo pródigo tiene un desorden externo, y el hijo mayor, quien permaneció en la casa, un desorden interno, en su corazón. Asimismo tenemos al padre, que lo espera con cariño, y también encontramos a los amigos, que lo acompañaron al irse de la casa. Además aparece otra figura, que no llega a ser un personaje, pero vamos a considerarlo como tal: el cielo.

En síntesis, tenemos: el hijo que se fue de la casa, el que se quedó, el padre, los amigos y el cielo o el infierno, que son dos polos de una misma verdad.

Yo como individuo

Al leer la Palabra de Dios, nos encontramos con un texto que dice: *“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y ama a tu prójimo como a ti mismo”*.

La reacción que rápidamente surge, con una falsa modestia, es: - ¡¿Cómo me voy a amar a mí mismo?!-. Pero la verdad es que Dios nos dice que *“amemos al prójimo como a nosotros mismos”* y nos pone un parámetro bastante alto.

Veamos el Salmo 8:

¡Oh Jehová, Señor nuestro!

¡Cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!

Has puesto tu gloria sobre los cielos;

De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza,

A causa de tus enemigos,

Para hacer callar al enemigo y al vengativo.

Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,

*La luna y las estrellas que tú formaste,
Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria,
¿Y el hijo del hombre, para que lo visites?
Le has hecho poco menor que los ángeles,
Y lo coronaste de gloria y de honra.
Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
Todo lo pusiste debajo de sus pies:
Ovejas y bueyes, todo ello,
Y asimismo las bestias del campo,
Las aves de los cielos y los peces del mar;
Todo cuanto pasa por los senderos del mar.
¡Oh Jehová, Señor nuestro,
Cuán grande es tu nombre en toda la tierra!*

En este texto vemos que el Señor nos hizo un poco menor que los ángeles y nos ha dado honra, también dice que puso todas las cosas bajo nuestros pies.

Vamos a considerar, por un lado, si realmente nos amamos a nosotros mismos como amamos al prójimo y por otro, a posicionamos correctamente como hijos de Dios y como siervos del Dios Altísimo.

Veamos el significado de un término que seguramente todos manejamos: datos.

Los datos son números, letras o símbolos que describen objetos, condiciones o situaciones. Pueden ser incluso, un conjunto básico de hechos referentes a una persona, cosa o transacción de interés, para ser utilizados con distintos objetivos, entre los cuales se encuentra la toma de decisiones.

Los datos son la representación simbólica, mediante números o letras, de un conjunto de información, que puede ser cualitativa o cuantitativa, que facilita la deducción en una investigación. Un dato por sí mismo no constituye información, es el procesamiento de

los datos lo que nos proporciona esa información. Actualmente, se dice que los datos son el nuevo petróleo y lo superan en valor.

¿Cuánto nos importan los datos?

Producimos datos todos los días, con nuestra computadora y con el celular, diariamente estamos “arrojando” datos. Pueden ser datos sensibles, datos anónimos, datos seguros.

El tratamiento de los datos no es sólo técnico, va más allá y tienen un significado según el uso que le damos. Los datos son nuestros y son una característica de nosotros mismos.

A cada paso de nuestras vidas emitimos datos que se van recopilando, guardando y así se va elaborando un perfil virtual de lo que somos.

Retomemos el tema del hijo pródigo y el concepto de cielo o infierno junto con el término datos, que estuvimos analizando.

Estos datos que producimos día tras día se van almacenando, brindando información, inclusive algoritmos (conjunto ordenado de operaciones sistemáticas que permite hacer un cálculo) que se perfeccionan para crear aforismos sobre nosotros. Un aforismo es una frase o una sentencia breve y doctrinal que se propone como regla, en algunas ciencias o en el arte.

La información acumulada sobre cada uno de nosotros se usa para elaborar un perfil que da cuenta de quiénes y cómo somos. Esos datos van a parar al cielo o al infierno.

Por ejemplo, cuando usamos la computadora o celular, estamos proporcionando datos para que esos artefactos nocivos nos envíen propaganda y publicidad respecto de lo entienden que es nuestro interés. Elaboran nuestro perfil, determinan cómo somos, nos coloca en un nivel y no nos permite movernos de ese formato, permanecemos allí y vamos a recibir siempre los mismos elementos.

La máquina nos va a enviar siempre los mismos datos, superiores o mejores, que nos ayudarían a superar situaciones. Nos encuadra en determinadas líneas de

pensamiento, cautiva nuestra mente, apresa nuestros pensamientos y define nuestros gustos.

Un ejemplo de esto es cuando decimos: - Yo no como esto o aquello, porque soy vegano, u otra cosa-. Nos metemos en una línea de pensamiento, en la que el diablo nos encasilla y no nos permite salir de ahí.

¡Pero Dios vino para hacernos libres!

Cristo nos hizo libres, nos libertó de esos datos maléficos y mentirosos que no definen quiénes somos.

Dios es el que define nuestra identidad y lo hace claramente en la siguiente frase: *“Ama a tu prójimo como a ti mismo”*.

¿Nos conocemos realmente? ¿Sabemos ciertamente quiénes somos? ¿Cómo podemos mejorar el concepto que tenemos de nosotros mismos?

En el transcurso de nuestra vida estamos expuestos a influencias negativas y con frecuencia albergamos conceptos distorsionados. Deseamos ser libres, queremos descubrir nuestras propias posibilidades, pero no lo podemos hacer, ya que nos encontramos siendo consecuentes con esa pobre valoración que tenemos de nosotros mismos, que parece ser cada día más dominante.

A su vez, como nos encontramos insatisfechos con lo que somos, tratamos de imitar a otros, o deseamos lo que tiene el otro.

Durante mi adolescencia y parte de mi juventud, el concepto que tenía de mí misma era muy pobre. La frustración iba en aumento, hasta que Dios trató conmigo y me dijo claramente: “No quiero que seas como otros, yo quiero que tú, seas Mabel”. Esto sacudió tanto mi vida que comprendí lo que Dios quería hacer conmigo. Comencé a transitar ese camino, parecía que estaba escalando una gran montaña y de pronto Dios me insufló carácter y sabiduría.

Encontraremos obstáculos para alcanzar un concepto positivo de nosotros mismos, nos sucede a todos. Yo los he tenido que combatir una y otra vez.

Dios nos creó para que fuésemos criaturas únicas en el género. Cada uno tiene una personalidad que lo distingue y es nuestra responsabilidad edificar ese concepto de individualidad. Nuestra responsabilidad es descubrir quiénes somos delante de Dios, explorar y desarrollar las potencialidades que Él nos ha dado, si no viviremos en una eterna distracción.

Sin embargo, existen obstáculos que tendremos que superar si vamos a desarrollar plenamente estas capacidades que Dios nos dio.

El primer obstáculo es el *hábito continuo de autodepreciación*.

¿Qué quiere decir esto? Se refiere a ese constante complejo de inferioridad que desanima. Las personas con este sentimiento pueden ser agresivas, fabrican una coraza y adoptan una personalidad realmente nociva para los que lo rodean. Ese complejo de inferioridad hace que no sean lo que deben ser y por tanto viven una vida mediocre.

Vivimos un tiempo en que la gente no quiere pensar, no quiere razonar ni usar ciento por ciento la sabiduría que Dios le ha concedido; estamos apasionados con las computadoras, con los celulares, encerrados y esclavizados. El hombre perdió esa sabiduría de Dios por causa del pecado y por lo tanto utiliza solamente una pequeña parte.

Dios quiere hacernos libres, con una inteligencia sobrenatural, porque cuando aceptamos a Cristo, se libera nuestro espíritu y nuestra mente vuelve a esa inteligencia.

¡No nos conformemos con la mediocridad!

El segundo obstáculo es el *falso sentido de seguridad*.

Hay personas que aunque no están satisfechas de sí mismas, temen el peligro de arriesgarse. Permanecen sentadas en su propia comodidad juzgando a los demás todo el tiempo, critican al que va adelante, al que empuja, al que se equivoca pero se

levanta. Lo juzgan porque ellos no se animan a arriesgarse, solo opinan. Dicen: -Yo lo haría mejor-. Pero con esa actitud nunca llegarán a nada.

Las personas que hacen solamente aquello de lo que están seguros, que no se arriesgan, suelen pensar en su interior: - Estoy tranquilo de esta manera, tengo un buen trabajo, un buen negocio, podría hacerlo mejor o hacer algo más, pero mejor me quedo donde estoy-. Se dan por satisfechos y así no alcanzan lo que Dios tiene para su vida.

Hay quienes están muy interesados en que se los nombre, se los designe en algún puesto, pero es mejor traerlos a la realidad, porque cuando se creyeron algo, perdieron espiritualmente. No pueden brillar porque tienen un falso sentido de seguridad.

El tercer obstáculo es *la competencia*.

La competencia entre los hijos de Dios es muy dañina.

En el mundo es sangrante, pero ver esta competencia entre los hijos de Dios realmente entristece, porque no han comprendido que a través de ella manifiestan su mayor temor: el fracaso. Sus enemigos son ellos mismos al mantener vivos en la memoria los detalles de fracasos anteriores.

Evocan constantemente lo que le hicieron o dejaron de hacer, guardan complejos de culpa y condenación, y resisten ser liberados de esos recuerdos, porque los utilizaron por mucho tiempo, fueron parte de su formación y se sienten más cómodos con ellos que con la aspiración de un futuro mejor.

El enemigo de nuestra vida quiere que sigamos viviendo lo mismo y continuemos con esos pensamientos, para que no vislumbremos un futuro mejor. Quiere que llevemos una vida tranquila sin mayores emociones, y que no nos demos cuenta de la aventura que es vivir en la libertad con la que Cristo nos hizo libres.

Tenemos que enfrentar cualquier obstáculo, dejar de lado la competencia y como dice el consejo bíblico: Construir un concepto positivo de nosotros mismos.

Cinco pasos para vencer los obstáculos:

1. Cambiemos nuestra manera de pensar

Recordemos el relato de la tentación de Eva que se encuentra en Génesis 3. Las palabras del diablo se fueron “cocinando a fuego lento” en la mente de Eva y sus pensamientos llegaron a dominarla por completo.

Dios le había dicho: “*de esto no tienes que comer, no tienes que tomarlo*”. Pero ella pensó: -*¿Por qué me dice que no?*-.

Primeramente, Eva desarrolló un tremendo deseo de probar, luego contempló la fruta, pensó que sería buena y finalmente la comió. Esto nos ocurre a diario cuando nos absorbe una idea, nos pueden aconsejar que no nos conviene, pero ese pensamiento ya nos cautivó.

Lo miramos, lo observamos, lo pensamos, lo volvemos a pensar, lo tomamos y así llega el desastre. Luego compartimos con otros ese desastre, y hacemos parte a mucha gente. Eva también se lo dio a su esposo, lo compartió. Este acto visualizado en la mente de Eva también incluyó a Adán, porque ella lo hizo parte. Ambos cayeron, y de ahí en más nos complicaron la vida a todos. Tengamos cuidado, con nuestros actos nosotros también podemos complicar la vida de otros.

A partir del pecado de Adán y Eva, se desarrolló el sentimiento de culpa en el hombre caído y apareció el concepto errado de uno mismo. Cristo, con su sacrificio, nos da la oportunidad de ser restaurados, de ser sanados de ese concepto primigenio.

Si deseamos cambiar el concepto que tenemos de nosotros mismos, empecemos por cambiar nuestra manera de pensar.

Veamos la tercera carta de San Juan, versículo 2. Dios enumeró tres bendiciones: “*yo deseo que tú seas prosperado en todo*”.

Dios nos prosperó en el área espiritual, en el área física, en el área material. Lo podemos comprobar en nuestra vida. Dios está echando por tierra a través este texto los pensamientos negativos. Todos los designios de Dios para con nosotros son de

prosperidad, empecemos a creer y edifiquemos un concepto renovado de nosotros mismos.

Permitamos que este concepto bíblico more en nosotros e imaginémonos creciendo cada día más.

2. Establezcamos una nueva identidad

Tenemos que saber que Dios nos ha dado el poder de establecer una nueva identidad, de ser libres del complejo de inferioridad y del falso sentido de seguridad, de ser libres de los recuerdos de angustias y fracasos, del sentido de culpa y condenación.

Cristo vino para darnos la *libertad total*. Si depositamos nuestra fe en Él, podemos ser personas creativas y triunfantes.

Cuando levantamos la mirada a Jesús, tenemos una mente sumamente creativa, porque recibimos la creatividad que viene de parte Dios.

Podemos afirmar que cuando venimos a Cristo, somos poseedores de una nueva identidad.

3. Determinemos metas definidas

El hombre es un ser que necesita fijarse metas. Nuestros logros actuales y los que nos trazamos a futuro orientan nuestra personalidad. Siempre debemos plantearnos metas para no estar desenfocados ni desperdiciar nuestra vida.

Si no tenemos objetivos, desaprovecharemos oportunidades y no sabremos hacia dónde enfocar nuestras capacidades. Las metas nos ayudan a encauzar y orientar el curso de nuestra vida, y con la guía de Dios alcanzaremos el éxito.

Hay personas que actúan como autómatas, pero nosotros tenemos un propósito dado por Dios y tenemos que definirlo claramente. Conforme busquemos a Dios cada día, descubriremos sus planes, Él nos levantará en su poder y nos guiará para cumplirlos. Cada meta que cumplamos formará un bloque que irá construyendo y conformando al

perfil que tiene Dios sobre nosotros, que nunca es de acuerdo a datos ni a conceptos errados.

Durante toda nuestra vida tenemos que sostener metas definidas, metas finales y metas eternas: *La meta eterna es el cielo.*

En la parábola del hijo pródigo vemos que el cielo actuó y se convirtió en un elemento existente, real, porque el cielo es real. Nuestra meta más precisa tendría que ser alcanzar el cielo. ¿Cómo podemos lograrlo? Por medio de la fe en Jesucristo y viviendo sobre la tierra una vida que glorifique a Dios.

Nuestra vida sobre esta tierra, debe ser para la gloria de Dios, esa debe ser nuestra meta final y eterna.

4. Hablemos palabras positivas

La palabra hablada es el material básico a través del cual Dios creó el universo. Él dijo:

- “*sea la luz*” y fue la luz. - “*sea el sol*” y el sol fue. Su Palabra creó todas las cosas.

Hoy en día se utiliza el lenguaje de manera promiscua y esta distorsión sucede en las diferentes civilizaciones y culturas, y no por disposición de la Real Academia.

Debemos comprender que por la palabra hablada creamos nuestro propio universo de circunstancias, establecemos una imagen de éxito o de fracaso, donde esos fracasos distorsionan el lenguaje. No podemos negar que hay un deterioro del lenguaje, y las grandes crisis de las civilizaciones se han dado por esta decadencia del lenguaje.

Pero nosotros debemos saber que lo que hablamos es muy importante.

Cristo manifestó el poder de la palabra hablada al decirle a Simón: - “*Tú serás Pedro*”, que significa: “Roca”, allí se produce un cambio.

Simón, ahora Pedro, es consciente de esa palabra que el Señor le había dado. Porque “roca” significa tener una personalidad estable, decidida, confiable, así que cada vez que era llamado, Pedro, en su mente, respondía con una afirmación positiva de su carácter transformado por el poder de Dios.

No continuemos declarando palabras negativas, ni pronunciemos aquellas que manifiestan sentimientos de ira, lástima y depresión.

Romanos 8:28 nos muestra que Dios tiene preciosas promesas y habla de nosotros de manera positiva.

5. Ejercemos una fe positiva

Somos personas con una nueva identidad y vamos a avanzar en la vida de fe. Nuestra vida debe ligarse a Dios, porque somos sus siervos.

La obra de Dios es pura fe, Él puede crear cualquier cosa en esta vida, ya que es el único creador. Si ponemos nuestra fe en Él, hemos de manifestar la capacidad y el poder de Dios.

La fe es una facultad que Dios nos da, no podemos inventarla ni comprarla en algún sitio. Es *el don de Dios* que mejora y sana el concepto que tenemos de nosotros mismos. Dejemos que la luz de Jesús brille en nuestra mente, para que tengamos un concepto claro del significado de la Palabra: *“Amate a ti mismo, para amar a tu prójimo”*

Sin entendimiento de nosotros mismos estaremos lejos de ser positivos en nuestra relación con el prójimo. Al estar mal posicionados, transmitiremos entusiasmos, depresiones, conceptos negativos de otras personas y también de Dios el Padre.

Pero cuando Dios le dice al Hombre: *“Eres un poco menor que los ángeles.”*, le dio dignidad, puso todo bajo sus pies, entonces no tengamos un concepto errado basado en la falsa humildad. El concepto de nosotros mismos debe ser según Dios, ni súper exitoso ni súper fracasado. Cada uno es diferente y debe agradecer a Dios por ser quien es, no somos mejores ni inferiores a los demás. Cada uno de nosotros puede decir:

“Soy lo que soy en Dios”.

YO Y DIOS

Pastora Mabel Silvestri

Leemos Efesios 1:1-3;13 y 14.

Anteriormente nos preguntamos si nos conocíamos a nosotros mismos, ahora vamos a intentar descubrir el conocimiento que tenemos acerca de Dios.

Podríamos pensar: - Bueno, esto tendría que haberse tratado primero-, pero lo hemos visto así con un propósito; porque el texto dice: *“Ama a tu Dios sobre todo”* y después continúa diciendo que *“amemos al prójimo como nos amamos a nosotros mismos”*.

Por eso, primeramente nos posicionamos correctamente a nosotros mismos según Dios. Ahora nos introduciremos en nuestro conocimiento de Dios.

El texto comienza diciendo: *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”*, allí vemos a Dios, el Gran Otro. Dios Es, toda la Biblia habla de Él.

Dios es el Supremo, a quien las religiones monoteístas consideran como Creador del universo. Se trata entonces de una deidad a las que muchas religiones y cultos le rinden alabanza.

Decimos que Dios es:

- **Omnipresente:** significa que está en todas partes, en todo lugar.
- **Omnipotente:** tiene todo el poder porque Él es el Creador.
- **Omnisciente:** todo lo sabe.

Estas son tres características fundamentales de Dios. Cuando nos preguntamos ¿Quién es Dios? ¿Cómo es Dios? La respuesta es: Dios es Omnipresente, es Omnipotente y es Omnisciente.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

Dios también es Padre, Él es el sujeto de esta acción y de todas las acciones que siguen en este capítulo primero de Efesios. El Padre, que según estos textos, es “*quien nos bendijo, nos escogió, nos predestinó*”. Dios nos bendijo en Cristo.

Entonces tenemos un Dios que es: omnipresente, omnipotente, omnisciente y es Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos bendijo con toda bendición espiritual.

El Apóstol San Pablo inicia esta epístola alabando al Padre: “*Bendito el Dios y Padre*” ¿Qué significa bendecir? Bendecir significa “*decir bien*” de otra persona, hablar bien de alguien, alabarla, elogiarla. Pablo bendice, alaba y elogia a Dios.

El Apóstol estaba correctamente posicionado en Dios, tenía un conocimiento certero de sí mismo y sabía quién era: un siervo de Dios. Su propósito, su vida, su casa, su responsabilidad coincidía con el llamado de ese Dios que es Omnipresente, Omnipotente, Omnisciente y Padre.

Cuando nos damos cuenta que respondemos a ese Gran Otro, estamos correctamente posicionados y solo podremos alabarle, porque Él nos ha dado todo, Él es nuestro Padre, quien nos ha creado y está siempre con nosotros, entregándonos su poder y sabiduría.

El apóstol San Pablo está correctamente posicionado en Él y le alaba por haberlo bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales.

Entonces nos preguntamos ¿Cómo debemos estar posicionados? Nuestra posición es estar en los lugares celestiales y somos bendecidos con toda bendición espiritual.

Nos bendijo:

Es interesante ver que en este texto el verbo está escrito en tiempo pasado: *nos bendijo*. A quienes estamos en Cristo, Dios ya nos bendijo en Él. Cuando descubrimos las grandes bendiciones que tenemos en Cristo ya no le pedimos a Dios que nos bendiga, le alabamos porque él ya nos bendijo, le damos gracias por su bendición.

Con toda bendición espiritual:

La totalidad de las bendiciones están en Cristo Jesús.

Leemos en Colosenses 2:9-10 *“porque en Él, (Cristo) habita corporalmente toda la plenitud de la deidad (Dios)”*.

En Cristo Jesús tenemos la bendición completa: *“y vosotros estáis completos en Él, (Cristo Jesús), que es la cabeza de todo principado y potestad”*.

En el cuerpo de Cristo, que fue entregado por nosotros, habita toda la deidad. Es decir, si aceptamos a Cristo tenemos *toda* la plenitud de la deidad. Y continúa diciendo: *“nos bendijo con toda bendición espiritual”*.

El nos bendijo en el área espiritual, pero también en el área física; primeramente somos salvos y por las llagas de Cristo, también somos sanos, porque Cristo sanó nuestra vida del pecado.

También nos bendijo en los aspectos materiales. A estas bendiciones las tenemos que ir descubriendo, aún no las vemos porque estamos cegados, bajo el yugo del dios de este siglo. El diablo intenta destruir y desbaratar los planes de Dios para nuestras vidas. Si bien aún no tenemos la totalidad de las bendiciones materiales y físicas que habremos de recibir cuando Cristo vuelva, cuanto más crezcamos en lo espiritual vamos a ir visualizando todas sus bendiciones. Según la Escritura, ahora tenemos las arras o las primicias, todavía no tenemos la totalidad, pero las tenemos que creer, que amar y pronto serán una realidad.

Las bendiciones espirituales ya son nuestras en Cristo Jesús.

En los lugares celestiales:

La expresión *“lugares celestiales”*, en griego, se expresa en una sola palabra: epouranios. A su vez esta palabra está formada por dos partes: epi=encima + ouranós=cielo; quiere decir *“encima del cielo”*.

Se refiere a lo que está más allá del cielo visible, es decir, el ámbito espiritual, la dimensión espiritual. Hay otros lugares donde habitan los ángeles caídos, pero estamos descubriendo lo que está sobre el cielo.

En el universo existen dos realidades o dimensiones:

- El mundo material o físico: es lo que vemos, lo que tocamos, lo que palpamos. Los árboles, los animales, las piedras pertenecen a la dimensión material o física, podemos verlos, tocarlos, olerlos. Cuando los discípulos dicen *“tocante al verbo de vida, con nuestros ojos vimos, con nuestras manos palpamos”*, esto significa que tocaron a Cristo, que era un ser físico como uno de nosotros y daban testimonio de esto. Aquí apreciamos bien que en el mundo físico y material, se involucran los cinco sentidos; se puede ver, oír, palpar, gustar, oler.
- El mundo espiritual o celestial: sólo se puede percibir por el espíritu y la fe. En la medida que crecemos en Dios, podemos comprender ese mundo espiritual. Ahora, en el mundo espiritual del que habla este texto, está Dios y sus ángeles; por eso en el griego se expresa como “encima del cielo”. Los hebreos hablan de tres cielos, el primero, la atmósfera; el segundo, el cielo de las estrellas; y el tercer cielo, la morada de Dios. Podemos estudiar más sobre esto en 2 Corintios 12:1-4. También hay otra dimensión donde están Satanás y los demonios.

Según lo que vimos, si bien el hombre natural es un ser meramente físico, el que acepta a Cristo se transforma en un ser espiritual.

Dios nos bendijo con toda bendición espiritual en Cristo mediante el Espíritu Santo que está ahora operando en favor nuestro. El Espíritu Santo está en nosotros, en nuestro espíritu, nos presenta a Cristo y trabaja en nosotros transportándonos todas las bendiciones.

Al adoptarnos como hijos suyos en Cristo, Dios nos hizo participantes de todo lo que le pertenece a Él.

¿Cómo podemos experimentar esa dimensión espiritual diariamente?

A menudo nos encontramos con creyentes que son buenas personas, pero su conocimiento de Dios es muy limitado y su gozo es más escaso todavía. Quizás es una persona dinámica, ágil, pero con un pobre conocimiento del Señor. Su carácter cristiano es cíclico (sube y baja) e inestable porque le falta experimentar a Cristo diariamente.

¿Cuán viva y vibrante es nuestra relación con Dios cada día?

Si consideramos nuestros problemas en proporciones exageradamente mayores a los que realmente son, entonces no estaremos sintonizando la voz de Dios que nos guía a cada momento en la dirección correcta, y no estaremos vivenciando una vida cristiana que brille.

Cuando nos posicionamos correctamente, tenemos conocimiento de Dios y brillamos en un mundo que está totalmente en tinieblas.

Hay provisión de parte de Dios para nosotros, su gracia nos embellece, ese es su regalo para nosotros.

En Efesios 1:7 dice: *“en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia”*.

Este perdón de pecados y las riquezas de su gracia son para experimentarlas en nuestra vida cada día, porque Cristo nos cambia el carácter, nos embellece y entonces se manifiesta en nosotros una personalidad hermosa, radiante, alegre.

Por medio de Cristo, experimentamos el cuidado y amor que necesitamos para vivir. Podemos amar a otras personas, porque Dios nos amó primero y nos dio a su único hijo, Jesucristo.

Éramos débiles, pero ahora, en Cristo Jesús, gozamos de la bendición espiritual de Dios, por lo tanto, ya no hay debilidad, porque tenemos al Omnipresente, al Omnipotente y al Omnisciente.

Él nos llama a una vida plena y nos dice como a Lazzaro: “Sal fuera” y luego ordena: “Sáquenle las vendas”. Él quita esas vendas que nos atan a la muerte.

En Mateo 28, Jesús hace el siguiente llamado: *“Vengan a mí todos los que están trabajados y cargados que yo les daré descanso”*.

¡Tomemos todo el amor de Dios, porque es para nosotros hoy!

Nunca pongamos en duda que Dios nos ama. Gozamos del gran privilegio de hablar directamente con Él.

¿Cuál es la función del Espíritu Santo? La función de la tercera persona de la Trinidad es trasladar las bendiciones hacia nosotros. El Espíritu Santo es el medio por el cual recibimos la gracia de Cristo y el amor de Dios. Lo vemos claramente en San Juan 14:16-26.

Para experimentar a Dios diariamente, debemos tener esta clase de relación con el Espíritu Santo.

Entonces tenemos *el poder de la asociación* y podemos verlo con este ejemplo: el Espíritu Santo es el socio mayoritario en nuestra vida, y nosotros somos el minoritario; entonces, nos ponemos de acuerdo con él y el Espíritu Santo nos va trayendo todas las bendiciones espirituales de los lugares celestiales en Cristo Jesús.

Por último, el gozo es algo fundamental en la vida del creyente. La Biblia dice: *“el gozo del Señor es mi fuerza”*. Es el gozo del Dios Todopoderoso, por tanto es un gozo fuerte y poderoso.

El Espíritu de Dios transporta las bendiciones de Dios desde los lugares celestiales y nos trae su gozo abundante que viene a nuestro corazón, a nuestra casa y a todo lo relacionado con nuestra vida.

El Espíritu de Dios también transporta nuestras oraciones al trono de Dios.

En la Biblia dice que el Espíritu Santo intercede por nosotros. Leyendo el libro de Apocalipsis vemos que la oración de los santos se mezcla con el incienso del altar, se unen, son arrojados a la tierra y ocurren cosas tremendas. La oración del creyente tiene un poder extraordinario. Tenemos que ejercitarnos en la oración cada día, orar de

mañana, de camino, al acostarnos. El Espíritu Santo se mueve constantemente entre el Padre y nosotros. Nos relaciona con Él constantemente, nos sostiene y nos da poder.

¡Dios ya nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús! ¡Aleluya, Gloria Dios!

YO Y EL PRÓJIMO. Cómo construir relaciones según Dios.

Pastora Mabel de Silvestri

Recordemos el texto que aprendimos: *“Ama al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y ama a tu prójimo como a ti mismo”*.

Ya hemos visto que Dios es Omnipotente, Omnisciente, Omnipresente, y Padre. Aprendimos que debemos estar bien posicionados en Cristo Jesús para conocernos y amarnos según el concepto que Dios tiene de nosotros y no en base a ideas erradas. Es muy importante el concepto bíblico de “amarse a uno mismo”, especialmente cuando estamos discipulando personas. No podemos discipular según nuestros pareceres, gustos o pensamientos, tenemos que hacerlo según Dios. Nuestra vida tiene que estar fundada en Dios, en ese Gran Otro, que es el todo en todos.

Repasemos lo que vimos hasta ahora:

YO CONMIGO MISMO

YO CON DIOS.

¿A quién más tenemos que amar? Tenemos que amar al prójimo.

¿Cómo podemos edificar una buena relación con el prójimo?

Debemos edificarla según Dios. Es importante tener un concepto saludable de uno mismo para luego amar al prójimo. Porque la forma en que nos vemos influencia en nuestra relación con otro y en todo lo que hacemos. Por ejemplo, nuestro mal carácter, malhumor o depresión la transmitimos a los que tenemos a nuestro alrededor. Así también los aspectos positivos.

Siguiendo el orden podemos decir: Dios primero, luego yo, después el prójimo y los temas subsiguientes que vamos a desarrollar.

¿Cómo estamos edificando nuestras relaciones?

Podemos hacer una comparación con la construcción de un edificio. Primero necesitamos poner un cimiento sólido. Ese cimiento consiste en posicionarnos según Dios y en tener un concepto adecuado de nosotros mismos.

Se trata de dejar de lado los gustos e intereses personales, las presiones que impone el mundo, las opiniones de otras personas. Una edificación inapropiada y torcida estará lista para derrumbarse en cualquier momento.

La Biblia relata la comparación de una casa edificada sobre la roca y otra sobre la arena, sobre ambas cayeron lluvias y vientos, y causaron la destrucción de la que tenía cimientos débiles. Una estaba edificada en Cristo y la otra no.

Estar edificados en Cristo no es algo abstracto sino una vivencia diaria. Los discípulos dijeron: - *“Nosotros le vimos, nuestros ojos le vieron, nuestras manos lo palpamos”*. Ellos pusieron un cimiento sólido y a partir de ahí comenzaron a relacionarse con los próximos, predicaron a otros, hicieron milagros y ocurrieron sucesos extraordinarios.

Para edificar nuestra familia, nuestro matrimonio, a nuestros hijos y todas las relaciones es necesario construir sobre el cimiento sólido que se llama Jesucristo, y eso significa establecer a Dios en nuestra vida diaria.

¿Qué debemos tener en cuenta para edificar buenas relaciones?

Un tema importante es el carácter. Nuestro carácter necesita la provisión del Dios todopoderoso. Necesitamos un carácter equilibrado que desarrolle los siguientes rasgos: *honradez, fidelidad y perseverancia*.

La *honradez* es muy importante en las relaciones y en el concepto de *“ama a tu prójimo”*.

Una vida edificada en la mentira no podrá construir relaciones apropiadas, sanas y satisfactorias. Tenemos que ser honrados ante Dios, íntegros y no vivir una vida cristiana a medias. Él es santo, y nos coloca una vara altísima: - *“Sed santos porque Yo soy Santo”*.

Leemos Lucas 18: 11-13.

“El fariseo puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces por semana, doy diezmos de todo lo que gano. Más el

publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador”.

Este texto nos muestra a una persona que creía ser poseedor de cierta perfección, y le dice a Dios: - “Te doy gracias porque no soy como este”. En otras palabras: se consideraba un religioso perfecto.

Versículo 14: *“Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido”.*

La humillación consiste en el reconocimiento de nuestro pecado en la presencia de Dios. El líder religioso negaba su pecado, pero el publicano, por su confesión, recibe el perdón de Dios. Le alcanzó la gracia de Dios, el Señor lo liberó porque se humilló en su presencia.

La honradez y la franqueza son necesarias para fundamentar bien nuestra relaciones.

Otro rasgo importante del carácter es la *fidelidad*. Ser fiel en las relaciones matrimoniales, en las amistades, entre padres e hijos, en el lugar que Dios nos colocó. Vivimos en un mundo lleno de infidelidad, pero se requiere fidelidad tanto del varón como de la mujer. Si queremos que nos vaya bien, nos conviene establecer relaciones correctas basadas en la fidelidad, porque esa es la voluntad de Dios.

Reiteramos que para edificar un sólido fundamento, es esencial ser honrado, y tener el alto valor de fidelidad. Pero ni la honradez ni la fidelidad constituyen cimiento pleno si falta la *perseverancia*. Estos tres aspectos van entrelazados.

La Biblia nos enseña que el principio básico de la perseverancia es *“Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá”* (Mateo 7:7).

Cultivar la perseverancia también es imprescindible.

Si deseamos algo realmente, tenemos que ser perseverantes y consecuentes.

La perseverancia es parte del carácter que Dios nos da para relacionarnos con el prójimo.

Cuando comenzamos una nueva propuesta educativa en nuestro Complejo, si hubiésemos desistido a la primera dificultad, no habríamos alcanzado la meta ni estaríamos viendo los resultados que hoy estamos disfrutando. Dios nos facilita todo lo que necesitamos, pero tenemos que ser perseverantes. Si deseamos algo de verdad, hay que vencer los obstáculos y mostrar diligencia. Lo mismo sucede en las relaciones.

Algunos se casan y al mes se quieren separar, al primer obstáculo se van a casa de la mamá. Otros inician carreras universitarias y a los dos meses cambian. Cuando vencemos los obstáculos y somos perseverantes veremos la gloria de Dios.

La perseverancia se hace condición necesaria para edificar una relación correcta según Dios.

Leemos San Juan 16:13 y 14.

13 Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.

14 El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.

Para tener una relación adecuada, debemos poner los materiales adecuados para esa edificación. Una vez que echamos los cimientos y los afirmamos correctamente, comenzamos la edificación.

En la antigüedad, cuando se construía un edificio, la piedra del ángulo representaba el sitio de partida de la construcción. Si estaba mal colocada, frustraba la edificación. Era verdaderamente el punto de partida, determinaba el ángulo de las demás paredes y afectaba la seguridad.

En la edificación de todas nuestras relaciones debe existir la piedra del ángulo, y tiene que ser fundamental. Cristo debe ser la piedra del ángulo.

Algunos colocan como piedra de ángulo la “conveniencia social”, relaciones basadas en una necesidad personal. Con este cimiento, la relación nunca crecerá, será débil, no se desarrollará, no será capaz de soportar una tormenta o un mal momento.

Existen muchas “piedras” sobre las cuales establecer relaciones, pero solamente hay una piedra de ángulo perfecta y esa piedra se llama Jesucristo, el Señor, la cual no tiene hendiduras ni grietas, es perfecta, es eterna.

Cuando colocamos esa piedra angular en nuestras relaciones, los vínculos van a perdurar a través del tiempo, aunque haya tormentas y épocas difíciles.

Una relación tiene que estar basada en el compromiso y el amor. En un compromiso sacrificial como tuvo Jesucristo. Cristo nos amó y se entregó a sí mismo en favor de nuestra redención.

Por último, debe estar presente algo fundamental, sobre lo cual he escrito un libro: el *perdón*.

Para lograr una buena edificación es sumamente importante que se manifieste el perdón en nuestras relaciones.

La falta de perdón es la mayor causa de destrucción de las relaciones. El perdón sana, edifica, libera. La humillación, el dar y pedir perdón, es fundamental para edificar relaciones sanas porque se evidencia que se tiene en cuenta al otro.

Así como nos amamos, y nos posicionamos correctamente con respecto a nosotros mismos, también tenemos que hacerlo en función del prójimo. Mirarlo, entenderlo, saber qué lugar ocupa cada uno, y ver cómo puedo amarlo, alentarlo, abrazarlo.

Recuerde que Dios quiere que disfrutemos de una relación plena. Sus recursos están a su disposición.

Tengamos en cuenta a nuestro prójimo.

YO Y LA ECONOMÍA

Pastora Mabel de Silvestri

Cuando diariamente hablamos de pobreza o riqueza, lo hacemos según un concepto exclusivamente mundano, que no tiene nada que ver con el sistema de Dios.

Para nosotros, el pobre es el que tiene menos y el rico el que tiene más, pero la Economía de Dios es muy diferente a la nuestra y en Él no existe la pobreza o riqueza como nosotros la hemos aprendido.

El sistema de este mundo ató a las personas a una idea de pobreza o riqueza, dentro de la cual nos encasillamos como ricos o pobres. Pero no es así en el sistema de Dios.

Muchas veces tenemos la impresión de un Jesús pobre porque manejamos una concepción de pobreza o riqueza errada. Jesús era una persona sumamente rica. Él vino del del cielo, un lugar de gloria y abundancia y se hizo como uno de nosotros. Habitó en este mundo donde imperaba un concepto muy distinto al del cielo. Él era rico en el cielo y cuando vino a esta tierra no es verdad que fue pobre. Jesús era hijo del carpintero y en aquella sociedad judía esto significaba que tenía bienes.

El hombre con más éxito en toda la tierra se llama Jesucristo.

Cuando Jesús participó de una boda y se acabó el vino, no fue a comprar más, sino que transformó el agua en vino. Ellos necesitaban suplir una necesidad y Jesús proveyó para esa necesidad porque tenía mucho éxito en su capacidad de provisión.

Un cierto día, cinco mil personas oían su sermón, tuvieron hambre y Jesús les dio de comer y suplió con abundancia la necesidad de todo un pueblo.

Muchos piensan que Jesús fue un pobrecito aquí en la tierra, éste es un concepto errado y lo usamos para enfatizar el concepto puramente humano de pobreza y riqueza, pero nada tiene que ver con el Reino de Dios.

Él se despojó a sí mismo de toda riqueza, de ese estado de bienestar constante que tenía en el cielo. En la tierra en realidad era rico, pero pobre en relación a los bienes que poseía en el cielo.

Entonces, ¿A quién vamos a escuchar? ¿Al sistema del mundo que nos impone un concepto de pobreza o riqueza, o vamos a escuchar al hombre más exitoso de toda la tierra llamado Jesucristo?

Jesús siempre tenía dinero, siempre producía milagros. Debemos oírlo a Él.

Hay personas que no saben cómo pagar sus deudas. Tienen que escuchar a Jesús.

Cuando Jesús tuvo que pagar los impuestos, no se afligió en lo más mínimo. Mandó a uno de sus discípulos a pescar, éste abrió la boca del pez y encontró el dinero para pagar el impuesto. Él y sus discípulos tuvieron éxito y victoria financiera todo el tiempo. ¿Por qué tuvieron victoria financiera? Porque hicieron lo que Jesús les dijo, oyeron a Jesús, caminaron con Él, aprendieron de Él, entonces les fue bien.

Jesús dijo que el rey de este siglo es Satanás. Entonces podemos inferir que Dios quedó fuera de ese sistema y nada tiene que ver con él. ¿Por qué? Porque le dieron la espalda a Su sistema. Entonces, para ayudar a la humanidad toda, Dios tuvo que entrar a la tierra de manera legal, como hombre, a través del cuerpo de María.

La semilla del Espíritu Santo entró en la matriz de la mujer, germinó y nació un niño. Según el libro de Génesis cada semilla germina y produce su propia especie.

La semilla del pecador, produce pecadores. Por eso la Biblia dice: *"Por cuanto todos pecamos y estamos separados de la gloria de Dios"*.

Dios tuvo que sembrar Su semilla en el cuerpo de María para que el Señor Jesús fuese engendrado. Tuvo un hijo sin haber conocido hombre, porque era semilla de Dios.

Jesús era Dios y se hizo hombre, consiguió "pasaporte" en el cuerpo de María para entrar a esta tierra y vino para destronar a Satanás.

Ahora, cualquiera que quiera salir del reino de Satanás y entrar en el Reino de Dios, tiene que:

1. Renunciar al reino de este mundo
2. Someterse al Reino de Dios

Estos dos reinos son totalmente diferentes.

Quien entra al Reino de Dios a través de Jesucristo, queda fuera del reino y autoridad de Satanás en la tierra. Por lo tanto, no tenemos nada que ver con el sistema de este mundo, ni con el concepto de pobreza y riqueza que este maneja. Ahora estamos en el Reino de Dios.

Y en el Reino de Dios está establecido: *"Honra a Dios con tus bienes"*.

¿Qué significa honrar?

Su definición indica la preservación de virtudes personales como la actitud, la integridad y la decencia. Se refiere al honor personal y abarca el decoro, la humanidad e integridad. Esta es la definición natural de honra.

Ahora bien, la definición bíblica de honra deriva del hebreo que indica gloria.

Entonces, cuando la Biblia dice: *"honra a Dios con tus bienes"*, nos ubica en el Reino de Dios y en su Reino todo es para su gloria.

Leemos Proverbios 3: 9 y 10.

*"Honra a Jehová con tus bienes,
Y con las primicias de todos tus frutos;
Y serán llenos tus graneros con abundancia,
Y tus lagares rebosarán de mosto."*

Cuando dice que tenemos que honrar a Dios con nuestros bienes, no se refiere solamente al dinero, sino a mucho más que eso. Si estamos en el Reino de Dios, todo lo que poseemos, vida, familia y bienes son de Dios. Todo está en esa dimensión de Gloria, por lo tanto, tienen que tener esa característica de Gloria.

Honra también significa: peso.

Se refiere al peso e importancia que tienen en nuestra vida las personas a las que honramos.

En el texto que dice: *"Honra a tu padre y a tu madre... y te irá bien"*.

Dios nos pide que los obedezcamos, respetemos, cuidemos y tengamos un amor especial por ellos.

La honra tiene muchas formas de expresión. Mucha gente honra a dioses y les lleva ofrenda, pero lo hace esperando recibir algo. La honra a Dios no tiene nada que ver con esto.

Los creyentes tenemos la naturaleza de Dios, y su naturaleza es riqueza, prosperidad, bienestar. En el ámbito de Dios esto es algo natural.

Los cristianos podemos honrar a otros ayudándoles a mejorar sus vidas y teniendo una actitud altruista.

Un principio eterno es el de la mayordomía. El cristiano es mayordomo, administra los bienes que son de Dios, todo lo que posee le pertenece a Él y es para Su gloria.

Dios le dio al ser humano la mayordomía de la creación, el cuidado de todas las cosas para las nuevas generaciones. Nosotros entramos y salimos de esta Tierra, nada nos pertenece, sólo somos mayordomos.

¿Por qué muchos creyentes están fracasando en la administración de sus bienes?

Porque les falta visión sobre la provisión de Dios para sus vidas.

Muchos creyentes quieren comprar lo que este mundo ofrece. Piensan que son pobres desgraciados si no tienen aquello que el diablo les propone. Eligen endeudarse para comprar objetos que nunca usarán o que los llevarán a pecar y así malgastan los recursos que Dios le da. Hasta hay discordias en el matrimonio por causa del dinero y algunos viven en la miseria a causa de las deudas.

Pero si somos administradores de Dios, tenemos visión y sabiduría para administrar los *talentos* que Dios nos da.

El talento tiene peso, tiene contenido. Dios te da peso y contenido.

Su Palabra dice que nunca te dejará sin bienes, sin sustento, y que tu descendencia nunca mendigará pan.

En ocasiones nos encontramos mendigando al dios de este siglo, por la vanidad de este mundo, por la altivez del dios de este siglo, que nos quiere robar las bendiciones que se encuentran en el libro de Proverbios.

Vivimos amargados, en tristeza, desesperanza y competitividad. Cuanto más tenemos, menos nos contentamos. Queremos tener lo que otros tienen sin darnos cuenta que en realidad no tienen nada, porque el dios de este siglo vino para hurtar, matar y destruir. Pero Cristo vino para darnos vida en abundancia.

En San Mateo capítulo 25 se relata la parábola de los talentos.

Nos cuenta que un hombre yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes, a cada uno según su capacidad. Cuando su señor regresó, arregló cuentas con ellos. El que tenía un talento, lo escondió. Sabía que era de Dios, pero no fue responsable. Era avaro, temeroso, y sin visión.

¿Dónde está el talento que Dios nos dio? ¿Qué hemos hecho con él? ¿Lo hemos desperdiciado en las vanidades de este mundo?

No malgastemos los bienes que Dios nos da. Administrar los bienes tiene que ver con la multiplicación. Lo que tenemos, debemos multiplicarlo.

Dios nos da los talentos para que los multipliquemos para el Reino de Dios, para que cuando Él venga y nos pregunte: - ¿Qué hiciste con lo que te di?. Podemos decirle: - Señor lo invertí, lo multipliqué, acá está Señor, multiplicado para tu gloria-. Y Él nos dirá:- *“Buen siervo fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré”*.

Toda la enseñanza de Jesús es grandiosa. En la Biblia encontramos parábolas relacionadas, la de la higuera, la moneda perdida, los viñadores, las diez vírgenes. Todas hablan del concepto de ahorro.

No hay cristiano pobre. Sepamos administrar, seamos esforzados, íntegros y Dios nos multiplicará.

YO Y LA FAMILIA

Pastora Mabel de Silvestri

Todo lo que estamos aprendiendo está centrado en la autoridad del Omnisciente, Omnipresente, Omnipotente.

Hemos abordado temas que tienen que ver con el “yo”, con nuestra persona, y con todo aquello relacionado a nosotros.

Yo conmigo mismo

Yo y Dios

Yo y mi prójimo

Yo y mis finanzas

El concepto “Ámate a ti mismo” nos desafía delante de Dios a una transformación profunda. La Palabra de Dios es una espada de dos filos que puede penetrar hasta lo más recóndito de nuestro ser y transformarnos en una nueva criatura con la naturaleza de Dios.

El tema que veremos ahora será: “Yo y la familia”.

En el libro de Génesis, capítulo 1 y 2, vemos la manifestación de la perfección de Dios. Él está creando todas las cosas y podemos ver que la familia fue creada antes de que la tierra fuese manifestada.

Analicemos el concepto de familia desde Dios.

En el ámbito de Dios ésta ya había sido creada, y luego fue manifestada en la tierra. En Génesis 2:7 dice: *“Dios formó al hombre del polvo de la tierra”* y en Génesis 2: 4-5: *“Y toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese...”*

Entonces podemos ver que todavía no se había manifestado toda la creación de Dios sobre la tierra, pero desde el ámbito de la gloria de Dios, la familia ya estaba creada.

Veamos Génesis 1: 26-28.

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios, lo creó; varón y hembra los creó”.

Allí aparecen diferenciados los sexos y en la expresión: *“hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza”*, está hablando de una unidad. El hombre tiene una perfecta unidad y tiene semejanza con Dios.

Aquí está la semilla del matrimonio, que toma forma en el capítulo 2, y se revela en la tierra.

Dios toma un poquito de lodo, sopla el espíritu y se manifiesta en perfección de eso que ya estaba en los principios de la creación. Toma forma el hombre, la mujer y la familia.

En el capítulo 3, vemos que por causa del pecado la imagen de Dios en el matrimonio y la familia se distorsiona y desdibuja. Pero también observamos que Dios ya prepara la restauración a través de Jesucristo, que es la “simiente de la mujer”.

El Señor no declina en su proyecto sino que avanza a la perfección. Dios les había dado la orden: “multiplíquense”.

Ese modelo que Él creó es el que deber ser multiplicado.

Nuestros hijos no nos pertenecen, ellos van a constituir sus propias familias según el modelo de Dios. Son familias en potencia.

Actualmente la familia se encuentra en crisis porque el ser humano no ha tenido en cuenta el modelo de Dios. La Biblia dice:

“Varón y hembra los creó.” Son uno.

Ambos, varón y mujer, deben ser temerosos de Dios y cada uno ocupar su lugar.

El hombre es cabeza según Dios.

La mujer debe ser sostén según Dios.

La revelación de Dios nos encamina hacia esa perfección que Él ya preparó para la familia.

Nosotros vamos paso a paso hacia esa perfección, aunque todavía vemos crisis en las familias.

Choques de carácter en el matrimonio, hijos que se rebelan contra los padres, dan cuenta de que en una familia han entrado malos espíritus que están molestando. La distorsión en la relación de los padres repercute en los hijos que están observando e imitan su obrar. Cuando vemos a niños con problemas, podemos darnos cuenta que sus padres tienen cuestiones que resolver.

Los creyentes tenemos que reaccionar y declarar que Cristo es el Señor de nuestra familia y enfrentar la crisis. Alguien tiene que reaccionar en una familia en Cristo. Se requiere que alguien con carácter fuerte y determinado, tome el timón del hogar. Entendemos que ese es el lugar del varón, que tiene que estar bajo la autoridad de Dios y en santidad. Entonces gobernará valerosamente a través de las aguas embravecidas y será capaz de llevar el timón, con sabiduría de Dios, y permanecerá firme.

Alguien tiene que tomar el timón de la familia, permanecer firme en Dios y dirigir el barco.

En el libro de Génesis vemos a Jacob con una familia en crisis. Este personaje nos ayudará a ubicarnos en lo que estamos aprendiendo.

La familia de Jacob es similar a cualquiera de nuestras familias, pero había llegado a un tristísimo estado. Las cosas no podían ser peores, todo funcionaba mal y hasta los paganos advertían que estaba próxima a desintegrarse. Tenía dos alternativas: enmendar o terminar todo.

La cabeza del hogar tenía que tomar cartas en el asunto y generar una reforma.

Podemos enfatizar que en cada hogar tiene que producirse un avivamiento de la religión en toda la familia. Quizás le tememos a ese término pero la *religión* es la estructura que sostiene lo demás.

Jacob quiso algo distinto a lo que sus padres le habían transmitido por revelación de Dios. No tenía que ser como las demás familias, Dios les había dicho que tenían que apartarse, desplazarse, testificando, esperando como dice la Escritura: *“la ciudad que tiene fundamento cuyo arquitecto y constructor que es Dios”*.

Pero Jacob se opuso a esto y en su fracaso y dolor insistió en quedarse en Canaán, como un mero forastero.

Muchas veces puede aparecer estas mismas actitudes en los padres de familias. Los varones de la casa, los padres de familias cristianas, tienen que reaccionar y actuar como Dios enseña, asumiendo la altísima responsabilidad de vivir de acuerdo al modelo de Dios.

Las mujeres de la casa tienen que proceder según el modelo de Dios, ser responsables de la vida de sus pequeños y edificar el hogar cada día.

No rompamos el equilibrio que Dios ha colocado en el hogar, porque somos forasteros. Vamos a la tierra celestial, no somos uno más en el sistema del mundo.

Jacob debía ser un forastero como sus padres Abraham e Isaac. Sin embargo, edifica cabañas parecidas a una casa, transgrediendo las instrucciones que Dios les había dado a las familias para alcanzar la perfección. Transgrede la dirección de Dios, en una directa y abierta desobediencia al mandamiento. Los resultados son atroces, sus hijos hicieron cosas terribles.

Jacob no se atreve a edificar una casa, pero construye una cabaña, compra la tierra de Siquem y cumple con el deseo de una vida establecida.

Siguiendo su intención, Jacob se esfuerza por encontrar un lugar donde quedarse y tener relaciones amigables con los habitantes de la tierra.

El Señor no lo había querido así. Según los textos de Génesis, capítulos 34 y 35, su familia tenía un destino determinado por Dios. Tenía que ser santa y mantenerse en un proceso de separación del mundo.

El Nuevo Testamento nos insta a *“huir del dios de este siglo”*.

Esto significa que este siglo malo está gobernado por un dios que hace que el mundo esté cada vez peor. No esperemos cosas hermosas, se vienen sólo desastres para este mundo; pero para los hijos de Dios, la realidad será otra.

Dios nos dice: *“los quiero separados”*, esto significa que nos quiere bien definidos.

Quiere familias santas, redimidas para rescatar a aquellos que están hundiéndose en este mundo perverso.

Cuando lo santo se mezcla con lo inmundo, viene el juicio de Dios, un ejemplo de esto es el gran diluvio que se encuentra relatado en Génesis.

El juicio de Dios es real, no podemos seguir jugando, no nos puede dar igual ser fieles o infieles, sostener la palabra o no hacerlo.

La casa de Jacob se llenó de miedos y turbación. Hubo una desviación de toda la familia. Jacob, un creyente ya anciano tiene una expresión: *“gran angustia me habéis traído”*.

Este hijo de Dios entra en una gran turbación y angustia, a causa de los suyos y de él mismo, por permitir que su familia entre en esa debacle.

La familia de Jacob estuvo mal organizada desde el principio, su esposa Raquel robó los ídolos de su padre Labán, trajo serafines y figuras, e introdujo prácticas de idolatría en su casa. Jacob amaba entrañablemente a su esposa y dejaba pasar lo que veía, sabía que no estaba bien, pero lo pasaba por alto.

Su corazón santo se turbó porque conocía los mandamientos, había escuchado mensaje tras mensaje, “había asistido a la iglesia y recibido el consejo”.

A pesar de todo lo que veía en su casa, continuaba permitiendo las distorsiones y la idolatría. Por lo tanto, Jacob era parte de lo mismo.

Cuando permitimos estas cosas, las vemos y no hacemos nada, nuestro corazón termina en aflicción, y toda nuestra familia cae en temor, desastre y bajo el juicio de Dios. Somos responsables de que nuestra casa esté en santidad. Tenemos que enfrentar la situación.

Jacob reaccionó y volvió al encuentro con Dios. Fue guiado a ordenar su casa y obedeció. Se puso en movimiento porque Dios le dijo: “*Levántate y sube a Bet-el y quédate allí*”. (Génesis 35:1). Bet-el representa la presencia de Dios.

Tenemos que apresurarnos a salir de Siquem, el lugar de la distorsión. Hay que realizar un viaje hacia lo más alto, al lugar del encuentro con Dios en Bet-el.

Como familia, tenemos que volver a Bet-el, al momento de la conversión, para escuchar la voz de Dios y restaurar lo perdido. Tenemos que salir de las asociaciones que hemos formado, apartarnos de vínculos engañosos y dañinos, romper con hábitos que no son de Dios.

Hermanos, creo ciertísimamente que *algo está mal*.

¡Familia, subamos a Bet-el! ¡Acerquémonos a Dios nuevamente! ¡Volvamos a abrir la Biblia, a alabar a Dios, a revivir los momentos de nuestra conversión!

Jacob tuvo que hacerlo con su familia, como se ve claramente en el capítulo 35 de Génesis. Tuvo que armarse de coraje y decir: “*Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos y, mudad vuestros vestidos*”. (Génesis 35:2)

Así lo hicieron, sacaron los dioses ajenos e ídolos que habían dominado esa casa, echaron fuera los espíritus inmundos que habían destruido el hogar y quitaron todos los dioses paganos. Toda la familia entró de corazón en un tiempo de reforma y transformación.

El Señor nos dice: - “*Quiten los dioses ajenos, límpiense y adoren al Dios vivo y real*”.

Familias, celebremos el culto de adoración a nuestro amado Dios, al que vive por los siglos.

¡Qué bueno es cuando un hombre toma su posición en Dios y toda su familia está dispuesta a seguirlo!

Llegaron a Bet-el, tal vez buscaron la piedra desde donde Dios le había hablado tiempo atrás, echaron aceite, allí adoraron al Señor y cantaron alabanzas. (Génesis 35:7)

¿Qué fue lo que siguió? Algo sucedió en ese proceso de quitar los ídolos e ir a Betel, hubo resultados. Dios volvió a hablar y le dio dignidad a toda la familia.

Que un padre sea príncipe de Dios, ennoblece a toda su casa. La familia va a brillar, va a ser digna, se va levantar en el poder de Dios para rescate de generaciones.

Una vez más, Dios le entrega una vasta ampliación de la promesa que le había dado a sus padres Abraham e Isaac.

“Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos”. (Génesis 35:11) Esto dice a Jacob, proyectando hacia adelante y superando la promesa que había dado a Abraham: *“Vete de tu tierra y tu parentela, a la tierra que te mostraré, [...] y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. (Génesis 12:1-3)*

A Abraham le habla de familias, pero a Jacob le amplía la visión, diciendo: reinarás en naciones, conjunto de naciones procederán de ti, brillarás, serás una familia restaurada en perfección.

Dios pone en su promesa frescura, vastedad e infinitud, la proyecta hacia la eternidad, hacia la casa del Padre en perfección.

Él está esperando que las familias se manifiesten en Gloria, en el camino a la perfección. Toda la creación está esperando la manifestación gloriosa de las familias.

¡Gracias por Jesucristo, nuestro Salvador, que es el camino a la perfección!

YO Y LA IGLESIA

Pastora Mabel de Silvestri

En Génesis vimos cómo Dios conformó el matrimonio, varón y hembra los creó y les dio la orden de que multipliquen ese modelo de familia.

Vimos que la familia, si bien está en crisis, se halla en camino a la perfección total.

A través de los siglos, desde el Antiguo Testamento, el Señor va revelando y mostrando a sus siervos el modelo, el arquetipo de lo por venir, que es la Iglesia.

Dios revela la importancia fundamental y única de la Iglesia.

El Señor Jesús, en su conmovedora oración de San Juan 17, nos descubre lo más íntimo del corazón de Dios.

El Señor se encontraba en el Getsemaní, su pasión apenas comenzaba y estaba como una víctima en el altar. Según la figura del Antiguo Testamento, se buscaba un cordero sin mancha para que fuese la víctima del sacrificio.

Ahora, “El Jesucristo”, estaba allí preparándose como ese “Cordero de Dios”.

Jesús pone sus ojos en el Padre, mira hacia el trono de Dios, ora y clama de todo corazón, poniendo toda su confianza y esperanza en Dios. Es significativo que, en sus últimos momentos, el Salvador no solo desea la salvación de todos, sino que *intercede por la unidad* de la Iglesia. No estaba satisfecho con que cada uno de los miembros de su cuerpo sea salvo, sino que también se debía conformar la unidad de su cuerpo.

En la cruz, en la sangre vertida, Él llama a esa unidad con Él, para que sea formado su cuerpo. No cualquier cuerpo. *La Iglesia es la unidad de los redimidos en el cuerpo de Cristo.*

El Salvador dijo: *“para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí”*. (San Juan 17:21)

Él espera la unidad de los salvos, la unidad de los que llama “ellos”, los “redimidos”, “los que han de creer en mí”. Podemos ver que se refiere a la unidad de esas personas dadas por el Padre a Jesús.

Cada uno de nosotros fue inquietado por Dios para venir a ser salvo, el Padre intervino. Jesús no se está refiriendo a todos los hombres, sino a aquellos que están en la unidad de los redimidos, los salvos. Ellos son los que han de construir esa unidad. La Iglesia va hacia la perfección siguiendo las directivas de Dios; antes vimos a la familia, ahora a la Iglesia, entendiendo que familia e Iglesia son una misma cosa: la familia es la Iglesia en pequeño; la Iglesia es la familia en grande, porque es su proyección.

En el libro de Proverbios capítulo 31, aparece una pregunta: *“Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Ella se hace tapices (...)*. y luego encontramos muchos detalles que hablan de la mujer como figura de la Iglesia.

Los tapices requieren un proceso de tejido y bordado hasta ser terminados, y puede servirnos de ilustración de lo que sucede con la Iglesia. Venimos del mundo como “deshilachados”, pero Dios va trabajando, bordando, armando y mejorando hasta lograr lo que se propuso, un “tapiz perfecto”, osea una Iglesia perfecta a través de la unidad. Dios liga con lazos de amor y unidad a los redimidos, aquellos que han reconocido sus pecados y han aceptado a Cristo por la fe en sus corazones.

San Juan 17:7 dice: *“Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado proceden de ti”*.

Tenemos un conocimiento de Dios, sabemos con certeza que todas las cosas que vienen a nuestra vida proceden de ese Dios que es Omnisciente, Omnipresente, Omnipotente, el Padre Eterno.

San Juan 17:6-7-8 dice: *“He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra.*

Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste”.

Encontramos que “estos”, las personas de las que habla el texto, han aprendido bien su lección, han guardado la palabra y han creído que Cristo fue enviado por Dios. Creyeron que Jesucristo vino para perdón de los pecados, lo recibieron, lo aceptaron y cada día lo viven de esa manera.

¡Este es el cuerpo de Cristo! Cuerpo que está conformado por los redimidos, unidos por cuerdas de unidad.

Aquí descubrimos que tenemos una misma vida, que es la vida de Cristo morando en cada uno de nosotros.

Dice la escritura: *“han sido vivificados por el Espíritu”*. Estaban sin vida, muertos en sus delitos y pecados, pero al venir a Cristo reciben vida, la fuerza del Omnipotente, la sabiduría del Omnisciente, la filialidad a través del “Páter”, y ya no están solos. *Nadie está solo en el cuerpo de Cristo, todos estamos protegidos porque hay un Padre.*

Aunque a veces no nos demos cuenta, estamos unidos, vivificados y fortalecidos por el poder de Dios. El Señor está quitando todo lo que impide esta unidad, todo lo que nos impide ser uno en Él. Trabaja duro con nosotros cada día para lograr la perfección en la unidad aquí en la tierra, hasta que el Señor venga a buscar a la Iglesia pura, sin mancha y sin arrugas. Esta oración de Cristo por su pueblo es la gran fuerza motriz de la unidad.

San Juan 17:21: *“Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros”.*

Primeramente, la unidad tiene que darse en el interior de cada uno, tiene que escribirse en nuestra alma y corazón.

Y veremos que el efecto de la unidad de la Iglesia es tremendo. Hasta los ángeles miran esa unidad y dicen: “¡Bravo! ¡Qué extraordinario! ¡Qué obra maestra! ¡Qué poder

hay en esta iglesia en unidad! ¡Qué maravilla, cómo brillan sus ropas blancas y resplandecientes!”

Leemos Efesios capítulos 5 y 6: *“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias”.*

El versículo 3 detalla una serie de puntos que no tienen nada que ver con el cuerpo de Cristo. Describe una Iglesia en crisis que está yendo a la perfección.

En los capítulos 5 y 6 de Efesios vemos la Iglesia en proyección, inclusive cuando habla sobre el matrimonio: *“grande es este misterio, pero digo esto respecto de Cristo y la Iglesia”.*

El matrimonio es un gran misterio de Dios, porque es figura de Cristo y la Iglesia en ese plan eterno de Dios. Por esto no podemos tomar la relación matrimonial livianamente, porque tendremos que dar cuenta a Dios. Tampoco podemos tomar la Iglesia ligeramente, porque es la familia de Dios en gloria. No debemos exponernos al juicio de Dios.

En el libro de Hechos vemos el poder manifestado en la Iglesia de Jesucristo.

Hechos 3:6 *“Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”.*

El cojo se levantó, sus pies recuperaron fuerza, empezó a andar, a saltar, a dar gloria a Dios. Los años de postración quedaron atrás.

Hay poder en la unidad, todo el libro de Hechos nos muestra el poder de una Iglesia en unidad, donde hay milagros, señales y maravillas.

En el libro de Apocalipsis encontramos la perfección de esta familia que comenzó allá en el Génesis.

Vemos la multitud vestida de ropas blancas, los sellos, la autoridad de Cristo y sucede la gran fiesta de bodas del Cordero. Porque en el reino de Dios hay gozo y banquete continuo.

¡Preparémonos para ser parte de esta Iglesia gloriosa, amémosla y seamos uno en el corazón!

Los santos contradicen la maldad de este mundo, muestran la realidad del Reino de Dios y ejercen juicio en la tierra.

Los sellados, los redimidos ejercen la autoridad de Dios y en el nombre de Jesús el diablo huye.

Apocalipsis 7:9 “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos”.

Los redimidos no son dos o tres, es una multitud compuesta de cristianos de todas las épocas y de todos los lugares, que adoran y alaban a Dios que está en el trono.

En Génesis 15:5, Dios le había prometido esto a Abraham: *“Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia”.*

Ahora vemos esta promesa cumplida en el libro de Apocalipsis, la descendencia de Abraham, los hijos de la fe, son tan numerosos como las estrellas y la arena del mar.

No hay lugar más extraordinario que la comunión de los santos.

El libro de Apocalipsis termina con la palabra AMÉN, que significa que todo está confirmado. La Iglesia se perfecciona hacia ese destino final.

Vivimos en la unidad de los santos, somos uno con los santos de todas las épocas y edades! ¡Gloria a Dios!

YO Y LA IGLESIA DE LOS PRIMOGÉNITOS

Pastora Mabel de Silvestri

Anteriormente vimos la proyección de la Iglesia en perfección. Estamos transcurriendo ese proceso, y pasamos por crisis porque Dios está trabajando en nosotros para llegar a esa perfección.

Ahora veremos las características que tiene la Iglesia en esa eternidad que comienza aquí en la tierra.

Solemos decir que el libro de Hechos de los Apóstoles marca el comienzo de la Iglesia, pero en realidad la Iglesia comienza en el libro de Génesis.

En toda la Escritura Dios nos va mostrando “perlitas” de esa Iglesia que está en camino a la perfección.

En Hebreos 12:23 se mencionan algunas características de esa Iglesia:

- Entran los que son hechos perfectos
- Los primogénitos (los que han aceptado a Cristo) tienen la doble porción de la herencia

En todo este capítulo 12 del libro de Hebreos, el Apóstol Pablo hace una descripción de la asamblea de los hijos de Dios alrededor del Monte Sinaí.

Menciona que al aproximarse a ese monte de Dios, al fuego, la oscuridad y la tempestad, el pueblo de Dios e incluso su líder Moisés, temblaban.

El Apóstol Pablo nos enseña a través de esta imagen que vivir en la legalidad no puede resolver nuestro problema ante Dios. Nadie puede ser justificado por la ley, porque *“Por Gracia sois salvos”*.

Efesios 2:8 nos dice: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”*.

Difícil es la situación del hombre que depende del Sinaí, de la ley, porque quedará en la dimensión terrenal y no podrá avanzar hacia la perfección.

El contraste que hace Pablo del monte Sinaí, nos presenta un cuadro mucho más agradable: *"Por Gracia sois salvos, por medio de la fe, no por obras"*.

Los cristianos también tendremos nuestra grandiosa asamblea, hacia allá vamos, no en el monte Sinaí, sino en aquel que está bajo la gracia, el monte de Sion.

Esta es la gran asamblea formada por la Iglesia de todas las edades, lugares y etnias, la *congregación de los Primogénitos* que están escritos en el libro de la vida. Los creyentes en Cristo serán emblanquecidos y perfeccionados. Allá habrá gozo, alegría y felicidad eterna.

Jesús es el primogénito de toda la creación, y nosotros venimos a ser primogénitos en Él, y compondremos esa asamblea alrededor del monte de Sion.

Tenemos sobre nuestros hombros una altísima responsabilidad, por eso la Escritura nos insta a ser santos: *"Sed santos porque yo soy santo"*.

La Iglesia de Jesucristo tiene que brillar para anunciar a los pueblos la salvación que es por gracia. Solo Cristo salva y revela la realidad de su Reino.

La creación espera la manifestación gloriosa de los hijos de Dios. ¡Resplandezcamos en nuestros trabajos, hogares, matrimonio, familia, en todo lugar!

Somos de la congregación de los primogénitos, tenemos responsabilidad de sacerdocio, porque somos reyes y sacerdotes. Somos los que traeremos la luz y juzgaremos al mundo con nuestra santidad.

Los primogénitos tienen derecho a la herencia de Dios.

Somos miembros del cuerpo místico de Cristo, de ese cuerpo que está en Gloria.

Como parte de la Iglesia de los Primogénitos, estamos por fe sentados a la diestra del Padre en Gloria.

En la ley antigua, Mosaica, vemos que los primogénitos tenían:

- Doble porción de la herencia
- El privilegio del sacerdocio

- Gobernaban

La Iglesia de los primogénitos gobierna. Somos parte de esa asamblea y debemos posicionarnos correctamente.

No debemos andar detrás de las corrientes actuales de empoderamiento, porque el único que tiene poder es Dios. No podemos ponernos a la par de Dios, tenemos que ocupar el lugar que Él nos ha dado.

Los varones sean sacerdotes en sus casas, den la vida por sus familias, sean ejemplo y vivan en completa santidad.

Las mujeres ocupen su lugar de sostén. Dios lo creo así.

Él nos invita a ascender al monte de Sion como primogénitos, como reyes y sacerdotes para siempre.

El empadronamiento está abierto todavía, Él está anotando en su libro, nuestro nombre estará escrito allí.

“Cree en el señor Jesucristo y serás salvo”.

“Ve por todo el mundo y predica este evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo, mas el que no creyere será condenado”.